

SPECTATEURS! / FILMLOVERS!

# Desplechin: “Quiero devolver la dignidad al espectador de la sala de cine”

GONZALO GARCÍA CHASCO

El director francés Arnaud Desplechin cuenta ya en su haber con una amplia filmografía en la que figuran títulos muy reconocidos, como *Reyes y reina* (*Rois et reine*, 2004), *Un cuento de Navidad* (*Un conte de Noël*, 2008) o *Tres recuerdos de mi juventud* (*Trois souvenirs de ma jeunesse*, 2015). Sin embargo, hasta ahora nunca había trabajado en el género documental. Lo hace en *Spectateurs!*, que llega a Donostia para competir en Zabaltegi-Tabakalera tras haber formado parte, fuera de concurso, de la selección oficial de Cannes.

*Spectateurs!* puede ser tomada como una carta de amor al cine, pero la reflexión que plantea Desplechin se preocupa más del otro lado de la ecuación: los espectadores. “Quiero devolver la dignidad al espectador de la sala de cine. Por eso, no es una película sobre los artistas o los autores, sino sobre los espectadores, porque a veces se trata al espectador de manera peyorativa, como si fueran algo pasivo. Pero no lo somos. Yo aquí me hago la pregunta: ¿en qué consiste la actividad del espectador?”.



ANGELA LOSA

Para ello, Desplechin hibrida documental con ficción, empleando declaraciones de espectadores, entrevistas, y multitud de fragmentos de películas de todas las épocas y diversas cine-

matografías, mientras paralelamente ficciona la vida de Paul Dédalus y la creación de su cinefilia desde niño hasta la madurez. “Es una especie de novela de aprendizaje. Pero yo no sé

hacer documentales, así que necesito hablar de mí para hablar de los demás”, reconocía el director. Y también bromeaba: “Admito que hago trampas. Realmente no es tan autobiográfica en lo que respecta a las historias que le suceden al personaje de Paul. Utilicé las películas de Fantômas, o esa historia del cineclub escolar con la proyección de *Las margaritas* (*Sedmikrásky*, Vera Chytilová, 1966) como clichés. No me sucedió a mí. Lo que sí es mío es lo de mentir sobre mi edad para poder entrar al cine a ver *Gritos y susurros* (*Viskningar och rop*, Ingmar Bergman, 1972)”.

Porque en realidad, la película no se basa tanto en las películas propias de la vida de Desplechin. “Esta película no refleja mi cinefilia. Ni siquiera hay fragmentos de cine japonés, que yo adoro. Lo que quería era enseñar algo que nos pertenece a todos, una especie de juego poético con respecto al espectador general; investigar cómo descubre las imágenes entre la avalancha a la que estamos sometidos, y cómo le afectan”.

Así, la selección de las películas estaba muy meditada. “Estaba todo escrito de antemano. En mi guion ha-

bía un fotograma de cada película que debía aparecer en cada momento. Tener tan cerrada esa decisión fue bastante pesadilla para los productores, por eso de pagar los derechos. Con una película como *Minority Report* (Steven Spielberg, 2002), había que pagar a la *major*, al director, a Tom Cruise, al especialista que dobla a Tom Cruise... Y por los derechos de *El gran combate* (*Cheyenne Autumn*, John Ford, 1964) tuvimos que batallar hasta tres días antes de la proyección en Cannes”.

Los motivos que han llevado a Desplechin a dar forma a este proyecto atípico en su filmografía tienen que ver, en primer lugar, con la pandemia: “La idea nació después del confinamiento, cuando temimos que no pudiéramos volver a ver cine en las salas, que éstas pasarían a ser algo de nuestro pasado. Creo que ese temor nos ha llevado a muchos directores a hacer películas para expresar que la experiencia del cine es irremplazable”. Y también hay un elemento generacional. “Supongo que también tiene que ver con la edad: quería ofrecer a las nuevas generaciones la opción de maravillarse por el cine”.

## SOMBRA GRANDE

MARC BARCELÓ

Un día cualquiera, hace veinte años, un hombre entra en el Museo Serrano de Ciencias Naturales de Paraná, en la provincia argentina de Entre Ríos. Cuenta que es el último hablante de una lengua que hasta entonces se creía más que extinta: el chaná. El hombre es Blas Jaime. Una prohibición recorre su linaje: no decir nunca que la lengua pervive. Pero unas revelaciones místicas en forma de sueños, su avanzada edad y saberse el último chaná le guían hasta el Museo. El resto es historia: lingüistas de todo el mundo reconstruyen el idioma. Se basan en el testimonio de Jaime y en notas que los jesuitas de 1700 escribieron sobre este pueblo originario. Siglos antes, el marino veneciano Sebastián Gaboto había desobedecido las órdenes de la Corona Hispánica de pasar por el estrecho de Magallanes y subió por el río Paraná. Daría con una población de 40.000 chanás. Desde esos 40.000 hasta el último chaná, Entre Ríos ha visto pasar muchas disputas, cultivos, fauna y comunidades humanas. Maximiliano Schonfeld, cineasta, es nacido ahí y, afortunados todos, ahí vive de vuelta, después de pasar años en la capital argentina. Sus filmes retratan otra comunidad igualmente particular: los alemanes

## Un lugar entre versos

del Volga que emigraron hacia 1870 a Entre Ríos. Hoy, su lengua (francico renana) también se ve diluida por el paso de las generaciones. *Sombra grande* es la película de despedida que les dedica Schonfeld. Después de pasar años filmándolos, va a cerrar etapa. El film tuvo su estreno mundial ayer en Tabakalera. Su director no lo quería de otra forma. Por el acompañamiento del Festival (participó en WIP Latam el año pasado), por la relación del País Vasco con su lengua propia y porque la Universidad del País Vasco apoya las investigaciones arqueológicas que han dictaminado dónde estuvo el fuerte Sancti Spiritus, levantado por el explorador Gaboto.

El proyecto de *Sombra grande*, como esas excavaciones arqueológicas, nace con muchas capas. Schonfeld y el poeta Julián Bejarano se presentaron a un concurso para trabajos interdisciplinarios. Poesía, cine e investigación sobre los chanás. Bejarano escribió un libro de poemas (“Sombra grande. Crónica de los primeros habitantes de Entre Ríos compuesta en verso”) que sirvió para que el realizador se lanzara a filmar la película. “No usé los versos para saber qué filmar. Filmaba

Maximiliano Schonfeld, director de *Sombra grande*.

NORA JAUREGI

e intuía qué versos podían acompañar esas imágenes. El choque que se produce no tiene punto medio. O se abrazan o se expulsan rápidamente”, nos cuenta Maximiliano Schonfeld.

El público es testigo de la vida cotidiana de los descendientes de los alemanes del Volga. Las secuencias se suceden mientras algunos personajes desaparecen, para reaparecer luego en las historias de otros. “No

vemos a personajes sino a una comunidad que se entrelaza. Eso es de lo más difícil de registrar con el cine”.

Schonfeld no hurga en opiniones, resentimientos u homenajes. “La tensión está en el propio territorio. ¿Quiénes son los legítimos habitantes? ¿Los inmigrantes que llegaron, en un estado de pobreza extrema, a un lugar desolado con montes imposibles de cultivar o los originarios, que vivieron ahí durante miles de años?”. Como dice el director, la disputa es simbólica. “De todos esos cruces emana una fuerte consonancia poética. Entre Ríos es una de las provincias con más poetas argentinos reconocidos”.

Ahora que en el Festival hablamos más que nunca del estado del cine en Argentina, no podemos dejar de ver el cine de Maximiliano Schonfeld como un desvío de lo que el gran público entiende por ‘cine argentino’. “Tenemos un grave problema de centralismo, como en casi todos los países suramericanos. La poesía entrerriana siempre tuvo su identidad y nunca necesitó de Buenos Aires. Nosotros, los cineastas entrerrianos tratamos de imitar eso. Nos interesa mucho generar nuestra identidad cinematográfica. Así se favorece la verdadera identidad de un país: cuando todas sus voces tienen tonalidad propia”.